

### La ideología de la muerte

Egor Jolmogórov

(3 de diciembre de 2014)

El liberalismo ruso se parece en muchas cosas al bolchevismo ruso. En ambos casos tenemos una teoría de una secta política que se basa en una doctrina extranjera que es orgánicamente hostil al curso histórico de la vida rusa.

Pero también hay diferencias. Los bolcheviques por lo menos se sentían representantes de la mayoría. Mientras que los liberales rusos ni siquiera intentan presentarse como tales. Por el contrario, es precisamente a la mayoría a la que consideran la principal amenaza. El liberal apela no al Pueblo (por mucho que tienda a una imagen idealizada de él), sino a los abstractos «valores liberales», a menudo también denominados «europeos». Son precisamente estos valores los que deben triunfar en «este país» a pesar de la «resistencia del material».

Hoy, nuestra opinión pública liberal está en plena euforia por los problemas económicos del país: las sanciones, la caída del precio del petróleo, la caída del curso del rublo, la caída del PIB y la crisis bancaria que se espera como consecuencia de todo ello.

Estas adversidades están levantando grandes esperanzas. En los foros y en los pasillos acecha el gran sueño liberal: «el poder, cansado de ser afecto al Kremlin, ahogado por las sanciones, se embarcará por fin en un programa económico liberal».

Cuando se habla de un «curso liberal», sus adeptos suelen imaginarse tres cosas estrechamente relacionadas entre sí.

En primer lugar, el traspaso de todo el poder junto con las palancas de coacción y manipulación a manos de la secta. El alcalde y el policía no tendrán que huir a ningún lugar, sólo deberán obedecer al liberal Jlestakov<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> Aquí Egor Jolmorógov está haciendo referencia a la obra de teatro de Nikolái Gógol *El inspector* (1836).  
Notal del traductor.

En segundo lugar, el desmantelamiento (división, privatización y venta) de las grandes empresas estatales, pilares principales del régimen político de los años precedentes.

En tercer lugar, el rechazo por parte del gobierno ruso de todas las obligaciones sociales con los empleados estatales, los pensionistas, etc.; el abandono de esa política de por lo menos una compensación mínima, que nuestros *thatcheristas* domésticos denominan «populismo social».

No es complicado darse cuenta de que la realización de los tres puntos llevaría a un colapso total del sistema político a corto plazo. El rechazo de las obligaciones sociales, la transición a un régimen de explotación burocrático-oligárquico de las masas en un contexto de inflación, estancamiento y división ideológica es gasolina viva para todo tipo de alzamientos y sublevaciones. El desmantelamiento de las empresas estatales, con su extremadamente cuestionable eficiencia económica, llevaría a una drástica reducción de los recursos económicos de los que dispone el poder central. Por último, la transferencia de por lo menos una parte del control político a manos de una secta con una visión muy peculiar de la agenda económica y social de nuestro país es una garantía de que la maquinaria política quedaría incapacitada en caso de crisis.

La difícil situación actual es consecuencia de los errores sistémicos de la política económica llevada a cabo durante décadas: abandono de la inversión en infraestructuras y de la producción industrial, así como dependencia total de los institutos crediticio-financieros internacionales. Estas políticas las han ejecutado los que hoy figuran como sus principales críticos.

Las soluciones simples que hoy ofrece el «lobby liberal» se reducen a la salida del Estado de la economía. En términos generales, a la quiebra socioeconómica y luego política del Estado. Su premisa fundamental –un enfoque centrado en la economía para la solución de los problemas ideológicos, políticos y sociales– es ante todo falsa.

El Estado no actúa en la economía por sí mismo, sino como representante de la sociedad. La función del Estado, si funciona bien, consiste en garantizar que los recursos económicos del país sirvan a los intereses de la nación: a su estabilidad demográfica, al avituallamiento, a la calidad de vida. A esa estabilidad que crea la solidaridad social. Ésta

es precisamente la finalidad y no el crecimiento económico por sí mismo. Un crecimiento económico, cuyos resultados se redistribuyen sólo a un grupo limitado de propietarios, tanto más si los propietarios resultan ser extranjeros o gente que posee cuentas en el extranjero (*offshore*), no es un bien, sino un mal para la nación.

Pienso que no es necesario recordar qué consecuencias para una sociedad solidaria tiene el neothatcherismo en el que piadosamente creen nuestros liberales.

A nuestro país le espera en los próximos años una tremenda presión externa. De un modo u otro, Rusia se encontrará como una fortaleza sitiada. A menos, naturalmente, que queramos ser como una fortaleza blindada. Los más lenguaces de los representantes de la secta dicen sin tapujos: «A diferencia de las sanciones contra Irán, las sanciones contra Rusia tendrán éxito porque no tiene una ideología que la aglutine, siendo, en cambio, una sociedad locamente enamorada del dinero». Si en cuanto al dinero esto es un disparate, en cuanto a la ideología es, por desgracia, cierto. Rusia está entrando en una grave crisis de política exterior y en conflicto desarmada ideológicamente, sin una base para la cohesión de la sociedad.

Los acontecimientos de la primavera y el verano, la reunificación de Crimea y la lucha en Novorussia crearon un consenso político y un auge patriótico sin precedentes en la historia del país. Algo que no había ocurrido nunca anteriormente en Rusia. Sin embargo, nuestro poder simplemente tuvo miedo de este consenso y de la obligación moral que ello conllevaba y perdió varios meses intentando debilitarlo, cuando no destruirlo por completo.

Finalmente, el acuerdo con Occidente a costa de la sociedad rusa no se ha producido. Por otra parte, como consecuencia esta misma sociedad se ha sumido en la desilusión. En un momento en el que la presión económica de Occidente se había convertido en una prueba de fuerza, no hemos conseguido tener una ideología común vinculante que dé a nuestra nación una perseverancia comparable a la de Irán, que fue capaz de resistir las sanciones y, en términos generales, de vencer.

Es precisamente en la ideología y no en experimentos con la política económica, donde residiría el secreto de la supervivencia bajo las sanciones. Pero la transición a un paradigma económico liberal sin una liberalización política normal (recuerdo una vez más

que el «poder de los liberales» y la liberalización política son dos cosas opuestas) requeriría la creación de simulacros ideológicos descomunales que apelaran a la unidad patriótica de la nación en unas condiciones, en las que se la está cercenando en vida económicamente. Y ello sin esperanza alguna de victoria, ya que el objetivo de la misma se rechaza de antemano.

Nuestra sociedad necesita los recursos de la solidaridad para contrarrestar la tormenta que se avecina. Es una lucha común, es un derramamiento colectivo de sangre, sudor y lágrimas, es la esperanza de una victoria común. La «liberalización» como técnica de gobierno de una secta que odia a la mayoría no puede proporcionar estos recursos de solidaridad. Al contrario, los destruye.

Traducción de Jordi Morillas